

MIGUEL HERNÁNDEZ, O EL MITO VERDADERO

Por
LEOPOLDO DE LUIS

Todos los años, por el mes de marzo, la inclinación del sol permite que un rayo entre lateralmente en el Monasterio de Santo Tomás de Ávila e ilumine el sepulcro del príncipe D. Juan. Todos los años, por el mes de marzo, la inclinación de la memoria hace que el rayo del sol con que Miguel Hernández cierre su poema «Eterna sombra» ilumine el volumen de sus poesías sobre mi mesa.

El príncipe D. Juan, muerto joven, debería haber heredado el reino de sus padres, los Reyes Católicos, de haberlo consentido la muerte.

Miguel Hernández, muerto también en plena juventud, debería haber heredado el reino de la poesía de la generación del 27. Tampoco la muerte lo consintió.

Estamos en marzo, y ello trae los dos rayos de muerte temprana a la introducción de mis comentarios sobre la lectura de la obra de Miguel Hernández, príncipe joven, el fin, de un singular reinado.

La lectura de la poesía de Miguel Hernández nos deja una múltiple e indefinible resonancia, como, en símil orteguiano, el estremecimiento que deja el pájaro entre las ramas al echar a volar desde ellas. Y es que la lectura de Miguel Hernández proporciona la emoción de un *poeta haciéndose*: lo vemos entusiasta y mimético, apasionado e infantil, soñador y torpe, tanteador de rumbos. Lo vemos vacilante y joven, vehemente y entregado, enamorado y bucólico, terruñero y lunático, convencido y enérgico, exultante y melancólico, entero y seguro, camino de su castigada madurez.

Advertía Ortega en sus relecturas de Anatole France una perfección sobremanera uniforme, una estabilidad madura que arruina toda posibilidad de grados. No es que mantuviera el autor fresca su juventud, es que nunca fue del todo joven, venía a decir.

Miguel no fue *perfecto*, sino *joven*. Joven en evolución que asciende, en constante «camino de perfección», por así decirlo, o, si se prefiere, de maduración que asume sus vacilaciones, que nace de ellas.

Por eso en sus cambios, en su ir haciéndose, está su humanidad y, con ella, sus frondosas y ricas posibilidades de mitificación; el Miguel-precoz, el Miguel-cabrero, el Miguel-alumno de bolsillo pobre, el Miguel-iletrado, el Miguel-autodidacto, el Miguel epígono del 27, el Miguel revolucionario, el Miguel preso político...

Dígame lo que se quiera, el poeta es el hombre y es el latido humano lo que, en último término, golpea en las paredes verbales del recinto sonoro del poema. El poema es un conflicto y el conflicto es una aflicción.

Conflictos y aflicciones hermandianas se auscultan y se diagnostican en una ya muy extensa bibliografía, y aún dan, sin duda, para nuevos trabajos de este Congreso.

De un poeta como él se puede decir siempre una primera palabra, pero no se puede nunca decir la última. Juan Guerrero Zamora, que en un cuaderno de 1951 dijo la primera palabra en libro sobre Miguel Hernández, ha dicho la última no sobre el poeta, sí sobre el proceso judicial de la represión urdió contra él. La tozudez incontrovertible de los documentos puntualiza varios datos y ciertas fechas, pero no promueve motivo alguno para alterar el juicio que en torno al autor y su obra tiene todo buen lector suyo. Resulta casi ridículo decir que la, por otra parte valiosa, documentación deshace la leyenda. ¿Qué leyenda? Miguel fue un muchacho ingenuo y entusiasta («era confiado y no aguardaba daño», dijo de él Vicente Aleixandre) que se entregó con nobleza y sinceridad a una causa considerada justa y a la que dedicó buena parte de su obra de gran poeta.

A esos sentimientos fue leal. Se nos exhiben sus declaraciones ante policías y jueces. («Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo, / van por la tenebrosa vía de los juzgados»). Textos inapelables, pero que es menester leer de forma idónea. Jamás deben desvincularse testimonios de tal índole de su contexto. ¿Está nadie obligado a declarar en contra suya? Quién pregunta, cómo pregunta, dónde pregunta, para qué pregunta. Poco avisado hay que ser para percibir la importancia de esos matices. Véase, además, que sólo para primera declaración, la de Rosal de la Frontera —aún bajo la impresión del frustrado pase hacia el exilio— niega los hechos. Ya en la siguiente, en Madrid, verano del treinta y nueve, «reconoce sus ideales —es transcripción— antifascista y revolucionarios». Y: «no está identificado con la causa nacional». Declara que su libro de guerra «es su labor de escritor al servicio de la causa del pueblo». La causa del pueblo. Esa es la que quiso abrazar Miguel. Sin otros tintes, sin otras insignias, sin otras formulaciones teóricas. ¿Qué más se le podía pedir a un preso envuelto en el clima punitivo del primer año de postguerra? Niega su adscripción a un partido político determinado. El hecho, en sí, es accesorio; lo substantivo en él era su amor a las gentes del pueblo, a los humildes. Hacer ostentación innecesaria de un carnet, era suicida. Con todo, la condena a muerte gravitaba ya sobre su cabeza.

¿Qué otra cosa pueden suscitar los documentos hace poco exhumados? Quizá dudas en torno a una estricta formación teórica marxista, o de si fue luchador espontáneo e impulsivo más que militante programático y consciente. Pues bien, si alguien pensó alguna vez otra cosa es que ni conocía la vida de Miguel ni supo leer en el fondo de su obra. Miguel no era —no tenía por qué serlo— un teórico marxista y, si se quiere, puede admitirse que no fue ni un héroe ni un mártir, aunque deban matizarse las tres cosas.

No fue un militante marxista teóricamente formado. Claro que no. Casi seguro que no leyó jamás *El Capital* y que carecía de conocimientos de economía política y de historia social. Pero nunca un poeta ha necesitado basar su obra en teorías. Puede que San Juan de la Cruz supiese teología, pero Santa Teresa no. Ni tampoco muchos de los poetas con fama de religiosos. Calderón sí sabía teología, pero Zorrilla no, y ambos escribieron dramas religiosos. Heine fue el primer cantor del proletariado, con su poema a los tejedores de Silesia, y el propio Marx tuvo que disculparse de sus debilidades políticas.

No era un héroe Miguel. ¿Y por qué iba a serlo? Tampoco fue un héroe Garcilaso, el de «muerte sin gloria», según Marañón. Ni lo fue Ercilla, hombre rico y de vida reglada. Y ambos fueron poetas militares. El concepto *heroico* está demasiado envuelto en retórica y en fanfarria como para marcar fácilmente un paradigma.

Puede que no fuera Miguel un mártir, en cuanto que no se dejó matar. Guerrero Zamora dice que más bien se dejó morir. No, no. Le dejamos morir, eso sin duda. Pero él no se dejó, él quería vivir y hacía planes para una nueva vida. («Pero hay un rayo de sol en la lucha / que siempre deja la sombra vencida»). Deseos de vida son esas cartas patéticas en que pide sustancia para comer y dominar la fiebre.

Sin embargo, sí fue escritor revolucionario (revolucionario es quien desea cambiar lo establecido que, por injusto, detesta). Un escritor rebelde, que tuvo algo de héroe y bastante de mártir.

Él mismo lo dice: «Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi pluma en forma de arma me lo dieron aquel iluminado 13 de julio. Intuí, sentí venir contra mi vida como un gran aire la gran tragedia, y me metí pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieron, dispuesto a defenderlo firmemente». En estas palabras del poeta ya están planteadas y resueltas las dudas que, al cabo de medio siglo, hay quien deduce de lo revelado por Guerrero Zamora. Que en los años de preguerra no era un militante, al menos activo, de partidos revolucionarios (pese a que, con más o menos convicción, presidió la Juventud Socialista de Orihuela). Ya lo declara: sólo había escrito «versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués». Tenía —está claro— un innato sentido de la justicia social, lo que no es poco. Que abraza una poesía de combate, pero ¿por qué? ¿Por oportunismo, como han apuntado algunos? El nos asegura que se sintió conmovido por un excepcional suceso cual es la rebelión militar contra el gobierno de la República y la subsiguiente amenaza de reacción. Debemos creerle, es un episodio bastante grave, como para originar una crisis de conciencia. Además, ¿qué se quiere decir con *oportunismo*? Porque, en el fondo, todo poeta joven es oportunista, todos tienen —y aprovechan— su oportunidad que se brinda fuertemente condicionante. El joven Bécquer toma la oportunidad de un romanticismo mortecino. El joven Juan Ramón aprovecha la oportunidad de un simbolismo en auge. Con poco más de treinta años Machado descubre la oportunidad de un tema en manos del 98, al adentrarse en el paisaje de una Castilla anquilosada. La juventud lírica del 27 caza a lazo de pura estética al tigre de poca garra que los vanguardistas hacen pasar por el aro. Llamar oportunista a un poeta joven es una bobada sin sentido crítico.

De héroe tuvo Miguel lo que para Tomás Carlyle es fundamental: la capacidad de descubrir los pensamientos ocultos de la existencia y de los tiempos, y de comunicarlos por la palabra a los demás hombres. Cuando Miguel Hernández, en la dedicatoria de *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre, dice que la misión del poeta es conducir los ojos de las gentes hacia las cumbres más hermosas, se acerca al Carlyle que atribuye a la poesía la transmisión del misterio de la hermosura, la armonía y la belleza. Y el elogio carlyleano de la sinceridad del poeta como alma grande que se ignora a sí mismo, cuadra el espíritu del joven Miguel.

Si pensamos que etimológicamente *mártir* no es sino *testigo* —dicho de otro modo: aquel que da testimonio de la fortaleza de su fe—, pocos poetas lo son tanto como Miguel Hernández, que al pueblo le llamó «pueblo de mi misma leche» y no pudo poner más verdad ni más entraña al dirigirse a la mujer amada y decirle por qué luchaba: «y defendiendo tu vientre de pobre que me espera / y defendiendo tu hijo».

Poco calan los que leen los documentos del Proceso 21.001 y creen que sirven para invalidar la tesis ejemplar de Miguel. Se quedan en lo meramente cortical, viendo condicionamientos de humanidad sencilla. Claro que aun queriendo reducirlo a simple condición de hombre, no lo disminuyen. Ya decía don Antonio Machado, por sentencia

de «Juan de Mairena», que por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Y si fue un hombre en el que no se quieren ver las condiciones del revolucionario, del héroe y del mártir, nadie negará las de víctima. Miguel fue constantemente víctima de males endémicos y de injusticias reiteradas. La injusticia social de una educación antes llamada instrucción pública, discriminatoria y precaria, que mantenía –y en parte aún mantiene– a pueblos sin escuelas. La injusticia de una organización clasista de la sociedad que obliga a los padres a contar con el trabajo de los hijos menores. La injusticia de una política cultural inútil para fomentar el desarrollo de las facultades creativas de la juventud. La injusticia de una guerra que enfrentó a las gentes españolas. Y la injusticia de una represión vengativa y un durísimo régimen penitenciario. De todo ello fue víctima Miguel y es comprensible que todo ello influya en la imagen que hoy acompaña su memoria.

Y he aquí la verdadera demostración que se alza desde el libro de Juan Guerrero Zamora. La demostración del estado en que se colocó a la España vencida y la justicia que se le aplicó. No pongo ni quito nada, sólo sugiero que se lea el Proceso 21.001.

En resumen: Juan Guerrero ha hecho una buena labor, pero no ha deshecho ninguna leyenda, porque no la había. O, mejor dicho, hay una leyenda verdadera. Ningún hermandiano serio mantenía mitos falsos. Miguel fue el que fue, y así lo admiramos y queremos. Porque el riesgo está ahora del otro lado. No se nos vaya a presentar un Miguel superficial e inconsciente. La formación será la que fuere y su evolución cobraría más o menos grados, pero lo incuestionable es que Miguel es el autor de *Viento del pueblo*. Por sus obras los conoceréis. ¿O no? Donde más verdaderamente está el poeta es en su poesía. Unamuno dijo que su poesía era lo más suyo. Poco poeta será el que no esté hondamente en sus poemas. Podrá ser buen orfebre, pero no buen poeta. Juzgar oportunistas o de entrega a las circunstancias los grandes poemas de la segunda época de Miguel Hernández es no querer –o no saber– leer. Estamos ante una poesía beligerante y combativa, sí, pero que nace del alma del autor. No es consigna, es temblor humano. Se define con dos versos suyos: «con la sangre y con la pluma / como dos fusiles fieles». Esto es: el ímpetu afectivo y el de la voluntad y la idea, servidos por una palabra comunicativa y capaz de expresar realidades y conmover con ellas. Un solo ejemplo, para demostrarlo: los diez primeros versos del romance «Llamo a la juventud»:

Los quince y los dieciocho,
los dieciocho y los veinte...
Me voy a cumplir los años
al fuego que me requiere
y si resuena mi hora
antes de los doce meses,
los cumpliré bajo tierra.
Yo trato que de mí queden
una memoria de sol
y un sonido de valiente.

Quienes andábamos por esa edad, nos sentimos espiritual y hasta materialmente zarandeados por tales versos y envueltos en su fervor, para ir, en efecto, a cumplir los años de juventud en el fuego que nos requería. Un sentimiento colectivo a la vez se generaba y se resumía en aquel romance, y sólo un poeta verdadero y partícipe es capaz de semejante acierto.

Claro es que a unos lectores podrá gustarle más un soneto de *El rayo que no cesa* que la «Canción del esposo soldado», pero eso es preferencia subjetiva. El sentimien-

to del poeta vibra en ambas piezas. Acercarse a cualquiera de las dos es percibir su verdad. No es lícito, ni siquiera es honesto, negar a Miguel esa verdad lírica y humana.

Tampoco lo es dudar de su entereza moral. Hay que traer una y mil veces a colación el poema «Eterna sombra». La rectificación de su última estrofa, revelada y demostrada con los propios manuscritos que publiqué en 1961 es el temple de un acero que las anécdotas ocasionales no destemplan.

A partir de esas evidencias se ha levantado un mito. Puede ser. Pero un mito no es una falsedad más que dentro de la cultura religiosa que lo identifica con las creencias paganas. Antropológicamente, un mito es un soporte de verdades ejemplares y aleccionadoras. Si se prefiere, un símbolo. Miguel Hernández es un símbolo. ¿Y qué gran poeta no lo es? Cada lector encuentra en sus poemas los símbolos queridos de sus realidades o de sus deseos. ¡Qué sería de la poesía si no fuese simbolización!

Acaso se diga que propugnábamos una lectura ideológica. Pero decirlo es otra ingenuidad, de no ser mala fe. Porque siempre se hacen lecturas ideológicas. La superiora del convento de carmelitas de Granada, pidió al padre Juan de la Cruz que escribiera unas explicaciones de sus poemas para orientación de la comunidad. Y qué hace el Fraile sino brindar una lectura ideológica de sus líricas. La ideología es, en último término, lo que sabe y piensa la sociedad en un momento histórico. Es el reflejo del pensamiento de una clase social, y a su luz entiende o modifica el material intelectual que adquiere. Miguel Hernández nos habló desde su verdad, una verdad que hemos hecho nuestra. La compartimos porque nos transmite sonido de autenticidad. Y esa autenticidad, esa entrega a su obra, no es mero oportunismo.

Como la más emocionante y contagiosa poesía siempre, la de Miguel Hernández es respirar por la herida. Habla de lo que le duele. Reflexiónese, por ejemplo, en uno de sus poemas más representativos: el soneto «Ascesión de la escoba». Ahí está la verdadera poesía social. No la que se ha considerado una *moda*, sino la que es, gravemente, *un modo*, una manera de mirar el mundo y la vida. Ni proaica ni oportunista. Ni convencional ni demagógica. Respirar por la herida. Lo humilde, lo pobre, lo humillado, se exalta, crece, cobra altura: es palma y azul. Una sublimación de lo injuriado y triste. Una iluminación de aquello secularmente hundido en sombra injusta. La escoba asciende a una hermosa simbología.

Otro gran tema hernandiano es el del hijo, y trasciende asimismo hacia la salvación del hombre en un mundo mejor. «Para el hijo será / la paz que estoy forjando». El poeta sabe que «la familia del hijo será la especie humana», como también sabe que los pequeños dientes que le nacen al niño como jazmines, serán un día arma defensiva y ofensiva en la lucha por la existencia. El amor lleva existencialmente implícitos esa proyección, ese más allá del temblor erótico. «No te quiero a ti sola, te quiero en tu ascendencia / y en cuanto de tu vientre descenderé mañana».

La poesía de guerra y de postguerra de Miguel Hernández puede verse a la luz de la dialéctica marxista de la lucha de clases, pero sus sentimientos hondos de justicia social coinciden igualmente con las bienaventuranzas según San Lucas o San Mateo. Bienaventurados los pobres («lo que haya de venir aquí lo espero / cultivando el romero y la pobreza»). Bienaventurados los que tienen hambre («el hambre es el primero de los conocimientos»). Bienaventurados los que son aborrecidos («sólo por amor odiado, / sólo por amor»). Los que sufren persecución de la justicia (las cárceles en que él mismo murió). Y de querer situarse en un punto de vista más próximo, la poesía de Miguel

puede verse bajo el enunciado de los derechos humanos. Y es igualmente ejemplar. El trabajo, la libertad, la justicia, la solidaridad, la paz.

Todo esto condensa esa supuesta leyenda, que no es sino constancia de su capacidad de aleccionamiento.

Que Miguel viajara un día u otro, que fuese de Herodes a Pilatos o que se confesara más o menos activista, son datos para la erudición y poseen indudable interés, pero no son substantivos. Lo substantivo está en su poesía, en su obra. En su capacidad de hacerse símbolo. En su mito verdadero.